

embargo, existe la diferencia de que en la regresión los niveles de los factores deben tener forma cuantitativa, mientras que esto es innecesario en el análisis de la variancia. De ahí que al aplicar el método de análisis de la variancia al de la regresión, se use el modelo I, o sea, aquel en que todos los factores tienen efecto sistemático (en el II, lo tienen aleatorio, y el III es un modelo mixto). El ejemplo lo proporciona la duración de los focos de alumbrado: 8 de ellos, su duración (y) y una medida del filamento de cada uno (x). La aplicación se logra mediante el cálculo de:

$$S_1 = \frac{[\sum (x_i - \bar{x})(y_i - \bar{y})]^2}{\sum (x_i - \bar{x})^2}$$

$$\text{y de } S_2 = \sum (y_i - \bar{y})^2 - S_1$$

El capítulo consagrado a los tipos especiales de análisis, se refiere a aquellos casos en que hay que modificar el procedimiento analítico tradicional porque hay factores importantes que afectan los resultados y no pueden ser controlados o medidos durante el experimento. Incluye, entre otros, los bloques aleatorizados, los cuadrados latinos, los bloques balanceados incompletos... Como ejemplo de los primeros, ofrece el análisis de tres métodos empleados para endurecer el acero; ese análisis se hace mediante el corte de 18 piezas, su tratamiento aleatorio y la formación de seis bloques. El de los segundos, se refiere a una medida de los efectos de preconditionamiento sobre el ritmo de abrasión de muestras de cuero, en el cual, como hubo seis tratamientos, se usó un cuadrado latino de 6×6 .

En el capítulo de análisis de la covariancia (técnica para probar la homogeneidad, en problemas que tratan de dos o más variables correlacionadas) habla Huitson de experimentos en los que hay un elemento incontrolable que varía de una a otra realización del experimento, y cuyo valor hay que medir (tanto como los resultados individuales) para descubrir si esos cambios afectan el resultado del experimento.

Huitson habla, también, de la forma en que se han desarrollado métodos abreviados para aquellos experimentos en que puede limitarse el número de niveles (y que interesan particularmente, cuando se

atiende la economía de las investigaciones). Puntos importantes del capítulo se refieren a la "confusión" (*confounding*) y a la replicación fraccional.

En la bibliografía de este tomito —que bien puede servir de faro a aquellos estudiosos de las ciencias sociales que estén más deseosos de asumir una postura experimental que empeñados en realizar experimentos al estilo de las ciencias naturales— aparece varias veces la mención de editores como Wiley, Oliver & Boyd y Griffin, y de revistas clásicas tales como la de la Royal Statistical Society, la American Statistical Association y Biometrics.

Oscar Uribe Villegas

David Crystal: *Linguistics, Language and Religion* The Twentieth Century Encyclopedia of Catholicism. Edited by Henri Daniel-Rops. Hawthorn Books Publishers. New York, 1965, 191 pp.

El lenguaje ha servido para comunicar ideas religiosas, pero también ha elevado barreras que han impedido su trasmisión. De ahí que se haya considerado importante explorar, en forma interconectada, los dos temas de la lengua y la religión, particularmente a la luz de las aportaciones permanentes o recientes de la ciencia lingüística. Es esto lo que hace David Crystal en el marco de la enciclopedia vigesimosecular del catolicismo. Su libro está constituido por tres porciones: puramente revisorias las dos primeras; de clara aportación original, la última.

La revisión comienza por ser histórica, de desarrollo de la lingüística en la antigüedad (opiniones), en el Renacimiento (observaciones), en el XIX (comparaciones y perspectivas), y pasa a ser sistemática al referirse a los conceptos lingüísticos actuales (sincronismo y diacronismo, lenguaje y habla, ideolecto y palabra). La aportación propia del catolicismo —su postura frente a los problemas lingüísticos— o sea la parte última, será lo único que nos ocupe con cierto detenimiento. Algunas de las opiniones que ahí se expresan proceden de la distinción hecha —al final de las precedentes— entre el *lenguaje* y los lenguajes, o entre diferentes usos del lenguaje.

La dificultad lingüística en materia religiosa procede de que el tema se aleja de lo concreto. El lenguaje —de por sí tiene fallas, cuya importancia crece cuando se elevan los niveles de abstracción

temática. De ahí que, especialmente en materia religiosa, sea fundamental que quienes intervienen en el proceso comunicativo tengan gran conciencia lingüística, vigilen las formas por las que se comuniquen, reflexionen sobre ellas y traten de librarlas de sus ambigüedades y deficiencias.

En el caso del catolicismo, el problema —según Crystal— es mayor en cuanto la religión católica se basa en un texto que hay que interpretar; en cuanto —desde el otro extremo, desde el de aquellos que se le oponen— se pone en duda hasta la misma posibilidad de hablar, con sentido, acerca de Dios. A pesar de estas dificultades, el catolicismo no prescinde del lenguaje. Medio excelente, flexible, para la comunicación, sobre él ha de gravitar la trasmisión de toda experiencia religiosa.

La mayoría de las culturas establece una relación clara entre el lenguaje y lo sobrenatural pues todas ellas ven en él una creación divina. La conexión puede filiarse psicológicamente en la experiencia infantil: el niño descubre, desde temprano, “que un simple grito le produce comodidad; que una secuencia de sonidos hace que materialice el alimento. Por lo cual no debe extrañar que al lenguaje se le adscriban poderes creadores. Entre los pueblos primitivos —además— el verdadero Dios se distingue de los ídolos —mudos— porque tiene una voz.

La importancia del lenguaje no sólo es reconocida por el primitivo sino que se da en él, realmente, en un nivel muy profundo. Las palabras, para el primitivo, son no secuencias de sonidos conectadas con las cosas, sino las cosas mismas y —algunos— les atribuyen un alma. Puesto que, por otra parte, las palabras controlan las cosas, su repetición asegura el triunfo (con lo que se explica la aparición de las runas célticas, ciertos ritos que dependen de una verdadera histeria verbal como en el hinduismo o en el hebreo masotérico). En el otro extremo, hay palabras que no sólo no se reiteran sino que se evitan: el propio nombre se esconde; a los nombres se les considera espejos de la personalidad; hay nombres secretos que se ocultan aún más; al sexo o a la muerte se alude con eufemismo, y los nombres de Dios nunca se pronuncian sin especial reverencia o precaución (con lo que la blasfemia se convierte en pecado mayor).

Al principio, el nombre de Dios (el más oculto, el más auténtico) sólo lo conoce el Sumo Sacerdote; la casta sacerdotal es —en forma correspondien-

te— la única que guarda la tradición religiosa oral o las sagradas escrituras. El conocimiento conectado con ellas se reserva —durante siglos— a los pocos, y sólo en época reciente aprenden a leer gentes distintas de los clérigos. Con ello, se presentan nuevos problemas a las Iglesias y a las religiones.

En el campo judeo-cristiano, la relación entre lenguaje y religión cambia conforme se pasa del Antiguo al Nuevo Testamento. En el Antiguo, se habla del “glorioso y terrible nombre de Dios” y se evita pronunciarlo; en el Nuevo, se alude a la felicidad que puede producir el pronunciarlo, pero se combate la idea de que baste decir el nombre para obtener respuesta eficaz (“No todo el que dice ¡Señor, Señor!...”) porque, para la doctrina realista y no formalista de Cristo, “las acciones hablan un lenguaje más celestial que las palabras”.

Crystal indica —también— que en el Nuevo Testamento, la metáfora se vuelve central, en el Evangelista, con su célebre “En el Principio, era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios” que, de acuerdo con su interpretación, “Despliega la función de Cristo y su Evangelio, y la relación entre el Padre y el Hijo”, quedando fuera sólo la idea del Espíritu Santo que —con una metáfora parecida— se concibe como *hábito* vital que da el don de *lenguas*: la fuente de la *sabiduría*.

Hay un lenguaje teofórico, en el catolicismo, que necesita de interpretación. Para realizar sus fines, la religión examina cuidadosamente ese lenguaje y prevé sus posibles interpretaciones, para evitar errores, para lograr una adecuación instrumental del lenguaje a sus propósitos religiosos.

El lenguaje es central —en efecto— para muchas religiones; pero, lo es —en particular— para el catolicismo por ser éste un mensaje verbal, cuya trasmisión y recepción dependen de las interpretaciones a la tradición oral y a las escrituras. Tan importante es este aspecto, que la misma definición de “hereje” gira en torno de concepciones lingüísticas, pues hereje es aquél cuyas afirmaciones —sujetas a un análisis lingüístico— no se compaginan con otras afirmaciones que se hacen en la Biblia o en las decisiones doctrinales de los Concilios.

La posición católica y la de otras religiones son atacadas por quienes piensan que estando Dios por encima de la experiencia humana y siendo el lenguaje un producto de esa experiencia, no se puede hablar de Dios. La defensa gira en torno

de las afirmaciones de que el lenguaje es hecho social que se enseña y aprende y de que, habiéndonos enseñado a hablar de Dios, socialmente estamos autorizados para hacerlo. Otra línea de argumentación —que se funda más en el dogma que en la razón— señala que, puesto que Cristo propició el uso del lenguaje cuando les enseñó a sus discípulos a orar, él reconoció su potencia y sus limitaciones en cuanto se emplea para tal fin. En último término, se reconoce que el lenguaje puede no ser y no es adecuado para hablar de Dios, pero que es medio excelente —entre aquellos de los que disponemos— para hacerlo. Y es excelente porque, como han reconocido quienes han reflexionado sobre el poder de las palabras éstas son “munición dramática” (Beckett), “duras como balas” (Emerson) o “pistolas cargadas” (Sartre).

En cuanto en el catolicismo la transmisión de experiencias y conocimientos religiosos dependen de la tradición oral y la escritura sagrada, mucho de él tiene que ver con la interpretación. Ésta comienza por ser textual (por basarse en un conocimiento de las lenguas orientales para fijar un texto); pero, después, debe ser hermenéutica, gracias a un examen que se realiza en tres o cuatro etapas: en cuanto determina todos los sentidos posibles (noemática), selecciona el correcto (heurística), explica el texto (proforística) y usa de él prácticamente (exégesis).

Los problemas de interpretación plantean, desde el principio, dos necesidades: la de conocer, en lo lingüístico, los idiomas bíblicos, para colocar cada trozo de información en su marco, y la de evitar los peligros de dar por supuesto un “modo de pensar” hebreo y forzar en él los hallazgos sin examinar el valor que tengan de por sí, el cual puede confirmar o rectificar tales prenociones.

En este sentido, Crystal no admite correspondencias unívocas entre pensamiento y lenguaje (contra lo que pensó Whorf); critica la práctica consistente en comparar varios idiomas a partir de análisis hechos separadamente y por procedimientos distintos en cada uno de ellos, y llama la atención hacia el hecho de que en la traducción, la unidad significativa no es la palabra sino la frase o el período (cf. la glosemática de Hjelmsler)

Pero, la lengua no sólo tiene estas conexiones con la religión; también se vincula con ella a través de la plegaria, del ritual. La plegaria es la elevación de la mente a Dios y si bien ésta puede lograrse —como entre los místicos— sin

palabras, la generalidad de la gente necesita de la palabra para lograr dicha elevación.

La relación con la liturgia pone de manifiesto ciertos aspectos sociales; es una actividad pública, aquella mediante la que el individuo trasmite a Dios sus aspiraciones por vía eclesiástica y recibe, por la misma vía, su gracia. En ella, lo visual y lo oral (principal, pero no únicamente) se refuerzan entre sí; de ahí que —por desempeñar el lenguaje parte tan importante en la liturgia— haya que cuidarlo muy especialmente.

En este sentido, el catolicismo ha sentido principios y dado preceptos acerca del lenguaje litúrgico, que se refieren particularmente al vocabulario y al estilo. Proscribe, en efecto, el tono familiar y las germanías; preserva ciertos arcaísmos y frases resonantes; pero, evita lo esotérico en cuanto esto va en contra de una de las necesidades esenciales del lenguaje: la comprensión.

Los problemas del lenguaje ritual se relacionan con cuatro características suyas que son: rasgos estilísticos formales (conservatismo sintáctico, búsqueda de la corrección, estilo oficial) arcaísmos (gramaticales y léxicos) formulismo (derivado de la expresión tradicionalista de ciertos conceptos) y vocabulario propio (tecnicismo religioso, eclesiástico).

Un tema de disputa (sustantivo en este sector, actual para el catolicismo) es el de la introducción de las lenguas vernáculos en la liturgia. Esto tiene que hacerse —en efecto— sobre la base de un sólido conocimiento lingüístico y de una experiencia pragmática acerca del uso del lenguaje y sus consecuencias psicológicas, sociales, culturales. La aceptación de las lenguas vernáculos no tiene que equivaler, por otra parte, a una exclusión de las lenguas sacras sino ser una complementación de ellas. La liturgia católica “ya es parcialmente cosmopolita” pues el Kyrie se suele rezar en griego, el aleluya y el amén en hebreo, la epístola y el evangelio de la misa papal se leen en latín y griego, con lo cual “lo vernáculo sólo introduce una diferencia de grado”. En eso hay la precaución implícita de no irse a los extremos y con el fin de satisfacer a los nacionalismos, privar a la religión de una atmósfera comunitaria que hace que el católico se sienta en casa cuando asiste a misa así ésta se realice o celebre en Colonia o Estocolmo, París o Varsovia.

La referencia última de Crystal es al ataque que el positivismo lanza —consciente o inconscientemente— en contra de

la religión, desde el trampolín del lenguaje, y delinea su defensa.

Para hablar del ataque, toma como representativa la obra de Ayer que puede considerarse descendiente del "Círculo de Viena" para el que el lenguaje es algo que las ciencias tienen en común, pero que, no todas usan bien, y que califica como malo el uso que la teología hace de él en cuanto sus afirmaciones no son ni analíticas (tautologías) ni sintéticas (afirmaciones o negaciones de hechos). Según la crítica positivista —en efecto— las afirmaciones analíticas y sintéticas son mutuamente exclusivas, pero una afirmación como la de que "la existencia de Dios es 'necesaria' pretende ser tanto cierta como de relevancia empírica, o sea, ser analítica y sintética al mismo tiempo"; esto no es posible según los positivistas pues "si es fáctica, por definición no puede ser cierta, ya que las afirmaciones sintéticas, en el mejor de los casos, son probabilísticas".

La crítica acaba por abarcar por igual al teísta y al agnóstico o al ateo, pues, ni afirmar ni negar a Dios tiene sentido para el positivista. La religión o su negación —para él— resultan inexpresables y, con ello, irracionales. Por eso juzga Crystal que "no hay compromiso o transacción posible entre el positivismo lógico y la religión".

En su defensa, el autor señala que los supuestos acerca de la forma en que opera el lenguaje, son falaces en la argumentación positivista; que la definición, por ser prejuzgada, se estrecha, y que la teoría toda tiene que depender de datos extralingüísticos pues por sí no se basta. En concreto, el autor no acepta que las dos categorías de afirmaciones analíticas y sintéticas excluyan cualquier otra; señala que, estadísticamente, la mayoría de los lenguajes naturales se forman de frases que no son precisas, pues buscan más lo adecuado de la comunicación que su precisión; que, en cuanto hay varias formas de comunicación hay varios usos posibles del lenguaje; que consagrar uno de ellos como mejor es caer en errores —ya superados— de búsqueda de una corrección lingüística y que tratar de examinar un tecnicismo teológico ("necesidad" por ejemplo) a la luz de los significados que corresponden a esa forma lingüística en un sector distinto (el de la física, por ejemplo) es un error, en cuanto cada disciplina trata con hechos completamente diferentes.

Crystal remata su argumentación cuando afirma que "si el positivismo lógico tiene como única recomendación positiva

la de que la filosofía se concentre en una sola clase de significados (el lógico-positivista) ignorando todos los demás usos, su ingenuidad es evidente".

Oscar Uribe Villegas

Henri Lefebvre: *Le langage et la société*. Collection Idées N.R.F. Gallimard, 1966, pp. 376.

Henri Lefebvre no es un desconocido. Uno de los talentos más esclarecidos de la Francia contemporánea, ha escrito libros, que no han podido pasar inadvertidos, cuyas casas de edición fueron cerradas, cuyos tirajes completos fueron secuestrados, cuyos títulos quedaron incluidos en el índice de los "Libros malditos" (principalmente del periodo hitlerista). Ha sido él, uno de los grandes estudiosos del marxismo en Francia (*Marx et la Liberté, Pour connaître la pensée de Marx, Pour connaître la pensée de Lénine, Marx philosophe, Cahiers de Lénine sur la Dialectique de Hegel*). Sintomáticamente, la colección *Que sais-je?* le confió la redacción de su breviario sobre el marxismo. Ha sido, también historiador de las ideas: de Diderot, de Descartes, de Pascal, de Nietzsche... Entre sus obras más originales destacan su *Critique de la Vie Quotidienne*, su *Introduction à la Modernité*, su *Metaphilosophie*. Su pensamiento parece moverse entre dos polos igualmente importantes: el de la lógica y el de la sociedad. Es ese movimiento el que le ha llevado, ahora, a tratar sobre el lenguaje, en una obra de estilo exuberante, que no llegará a tener nunca la posición académica del *Cours* de Saussure, pero que será básico para entender en qué grado tan apremiante es preciso rebasar lo puramente lingüístico para constituir lo sociolingüístico.

Lefebvre subraya un hecho conocido, pero insuficientemente apreciado: los problemas del lenguaje tienen importancia preponderante en el mundo contemporáneo que —técnicamente, y por contraste— parece haber resuelto todos los problemas de la comunicación. No sólo se trata de la importancia que corresponde a los problemas lingüísticos en los contactos entre grupos de diferentes culturas, de diferentes regímenes político-sociales, o de desigual nivel económico-social. Se trata, también, de la que tienen en relación con la ciencia (que, al fin y al cabo, es "un lenguaje bien hecho"); con las ciencias (que requieren de un metalenguaje para establecer su